

6343291

RECEIVED

DEC 13 1983

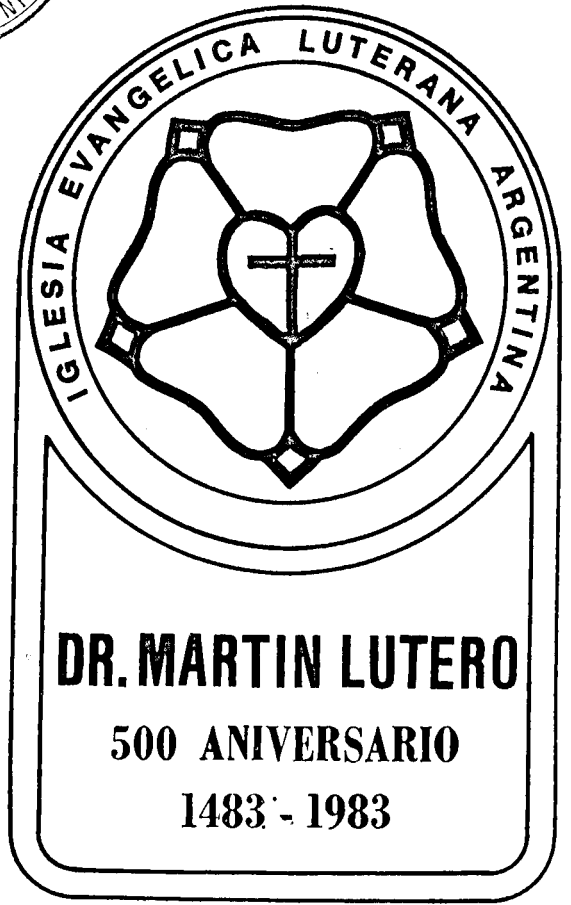
REVISTA

V. 28
#4



TEOLOGICA

Publicación del
SEMINARIO
CONCORDIA



Números
Alusivos
1983

DR. MARTIN LUTERO -

PREDICADOR DEL EVANGELIO

"No hay tesoro más precioso en esta tierra y en esta vida, que un predicador bueno y fiel."

"Dios podría llevar a cabo toda su obra sin la palabra predicada, con su Espíritu solamente. Pero no: el quiere valerse de la cooperación de los predicadores, y usar la palabra de estos."

"Los predicadores de la Palabra de Dios tenemos un grande honor y un gran consuelo: la certeza de que somos instrumentos de Dios, de que nuestra lengua es la lengua de Dios, y nuestra voz, la voz de Dios."

"Todos los predicadores debieran poder decir con plena convicción: 'Así dice el Señor; esto es Palabra de Dios'. De lo contrario, será mejor que se abstengan de predicar."

Estas son sólo algunas de las numerosísimas referencias a la persona y obra del "predicador" que se hallan en la obra literaria de Lutero. (El Tomo Índice de la Edición de St. Louis registra 153.)

Si Lutero tenía un concepto tan elevado del "predicador", nada más lógico que preguntarse: ¿Cómo habrá sido él mismo como predicador? ¿Qué habrá dicho? ¿Cómo lo habrá dicho? No es tan difícil hallar la respuesta. Han llegado a nuestros días unos 2.000 sermones que Lutero predicó desde sus años de monje en las primeras décadas del siglo 16 hasta su muerte en 1546. Una selección de 42 de estos sermones, que abarca el período entre 1516 y 1546, está en vías de aparecer en versión al castellano, como Tomo 9 de las "Obras de M. Lutero". Como anticipo ofrecemos aquí una cuantas muestras, agrupadas por temas.

LA PALABRA DE DIOS

Quien quiera interpretarla, debe poseer la necesaria certeza y comprensión:

"Si alguien deambula por las Escrituras sin rumbo fijo y sin seriedad, y sin un conocimiento sólido en que pueda hacer descansar su corazón - el tal hará mejor en abstenerse del todo de hacer intentos de interpretación. Pues si el diablo te atrapó con su horquilla, de modo que te falta la tan imprescindible base de una certeza inequívoca, te zarandeará de un lado para el otro hasta que al final ya no sabrás qué dirección tomar. Por esto debes tener la necesaria certeza y esforzarte por llegar a una comprensión clara y específica" (1).

Es preciso que insistamos en predicar y escuchar la palabra divina:

"Es preciso insistir, sin aflojar nunca, porque nuestro corazón está embotado. Hay que volver siempre sobre lo mismo. De otra manera queremos ser maestros antes de haber sido alumnos. Por tanto, hay que repetir, inculcar y aguzar incansablemente. Yo mismo conozco a algunos que creen que no necesitamos predicadores y párrocos. Especialmente los nobles y los campesinos alegan que poseemos libros suficientes sobre estos temas, cuya lectura nos trae el mismo provecho que si oímos predicar la Palabra de Dios en la iglesia. ¡Sí, leyendo la Palabra de Dios con este criterio, abrirás tu corazón al diablo que te tiene enceguecido!" (2)

No podemos prescindir de la "palabra exterior":

"Si pregunto: ¿Cómo puedo adquirir esta gracia, cómo llega ella hasta mí?, me contestan: 'El Espíritu, únicamente el Espíritu es el que tiene que obrarlo todo'; y este engaño lo complementan diciéndome: 'La palabra exterior, el bautismo y la santa cena no tienen ningún valor'. Esto significa ponerme el tesoro ante las narices, pero quitarme la llave y el puente que me lleva a él; pues este tesoro nos es entregado únicamente por medio del bautismo, la santa cena y la palabra exterior. Esto lo digo porque el diablo, con su acostumbrada prontitud, confiesa todas estas palabras, pero al mismo tiempo niega los medios por los cuales recibimos lo que las palabras prometen. Quiere decir: no niegan el tesoro mismo; pero sí imposibilitan su uso; nos quitan la manera de llegar a él y de aprovecharlo. 'Es preciso que tengas el Espíritu', me dicen; pero de la manera cómo puedo adquirir el Espíritu, de esto no me dicen nada." (3)

En las Escrituras, el cristianismo halla un consuelo seguro:

"Pablo no dice: 'Si queréis ser cristianos, no podréis esperar otra cosa que desprecio y padecimientos; conformaos con que tenéis que tener paciencia, y que no recibiréis otro consuelo que el que os dan las Escrituras.' Posiblemente, esto sea el camino angosto y la senda estrecha que lleva a la vida. Consuélate con esto, para que adquieras paciencia y puedas hacer frente al emperador, a los obispos y a todos los demás que quieran inquietarte. Pero ¿será cierto que mi mayor consuelo contra los sectarios, contra los malos vecinos, nobles, campesinos y conciudadanos, es tener paciencia y poseer las Escrituras? ¡Sin duda alguna! Es verdad: ellos hacen lo que se les antoja, cometen atropellos contra mí, pisotean mis derechos; tienen en su poder la administración de la justicia, tienen dinero, tierras, gente; ¿y yo, qué tengo? ¡Este libro! Con él debo defenderme, otra cosa para consolarme no tengo fuera de este libro de papel y tinta. Por ende, el cristiano ha de contentarse con que la Escritura es su único consuelo. ¿O me consolaré con el emperador? No me convence. Si me consuelo con el príncipe elector de Sajonia, con vosotros, los feligreses de Wittenberg, con mi dinero, mi sagacidad, con la esperanza de que al fin lograré hacer las cosas tal como lo tenía planeado - entonces ya puedo dar el juego por perdido." (4)

La palabra "primera y seria" de Dios es la palabra del perdón:

"Dios tiene dos clases de palabras. Lo primero que dice lo dice en serio, a saber, cuando nos hace anunciar el perdón de los pecados por causa de Cristo. Este mensaje es la piedra angular sobre la cual ha de basarse la fe. Ahora bien: si Dios opusiere a esta primera palabra una segunda, también palabra de Dios, pero de sentido contrario a la primera, en tal caso yo debería decir: 'Sus palabras son dobles. La primera palabra, la que Dios dijo en un principio, a ésta me atengo y adhiero; porque allí habló en serio. Por esto persevero en ella. Si él hace lo contrario, no me importa. Aunque todos, incluso Dios mismo, dijese otra palabra, contraria a la primera, sin embargo no me habré de apartar de la primera.' La segunda palabra la dice Moisés (en la ley), y lo hace para ponerle a prueba para ver si realmente quieres atenerte con entera firmeza a la primera palabra." (5)

La palabra de Dios nos sirve de enseñanza y exhortación:

"Esta diferencia entre enseñanza y exhortación la hace también Pablo en Romanos 12, donde divide todas las predicaciones en dos grupos; a unas las llama enseñanza, y a las otras, exhortación. La enseñanza le comunica a uno lo que todavía no sabe; le "da" algo. La exhortación estimula, incita y despierta, a fin de que la enseñanza no termine simplemente en un saber ocioso, además le brinda al hombre consuelo, para que siga adelante y no desfallezca. Por lo tanto, esta parte de la predicación, es decir, el exhortar, es más fácil que el enseñar; sin embargo, es muy necesario y de suma utilidad." (6).

LEY Y EVANGELIO

Así de sencilla es la explicación que Lutero da a esta tan ardua cuestión:

"La ley es una predicación que nos prescribe algo, y que exige algo de nosotros. Va dirigido a nuestro obrar. 'Lo que tienes que hacer es esto y esto', nos dice Dios; 'así te lo exijo yo'. El evangelio en cambio predica no lo que nosotros tenemos que hacer, sino a la inversa: 'Esto es lo que Dios hizo por ti', nos dice. Nos anuncia las obras de Dios que él hizo patentes ante nosotros al enviarnos a su Hijo. Quiere decir, pues, que se trata de una doble doctrina, y asimismo de una obra doble. La ley está dirigida hacia los hombres y exige algo de ellos. El evangelio está dirigido hacia Dios y nos enseña qué recibimos de él." (7).

El evangelio tiene una doble función: propia y extraña:

"La función propia del evangelio es anunciar la obra propia de Dios, es decir, su gracia, por la cual el Padre de las misericordias, deponiendo toda su ira, confiere a todos los hombres, en forma enteramente gratuita, paz, justicia y verdad. De ahí, pues, que el evangelio se llame bueno, gozoso, dulce, amigo, ya que quien lo oye, no puede sino llenarse de gozo. Esto empero sucede cuando a las conciencias sumidas en la tristeza se les anuncia el perdón de los pecados... En cambio, la obra extraña del evangelio es 'preparar al Señor un pueblo bien dispuesto', esto es: poner de manifiesto los pecados y convencer de su culpabilidad a los que se creían justos a sí mismos, ya que el evangelio dice claramente que 'todos son pecadores, desprovistos de la gracia de Dios'... Para los que viven en una engañosa seguridad, no hay nada más triste que tener que oír: 'No podrás escapar a la muerte.' De ahí que el evangelio tenga un sonido sumamente áspero

cuando adopta el tono que le es extraño, y sin embargo es indes-
cindible que lo haga, para que pueda sonar en el tono que le es
propio." (8).

Donde aparece el evangelio, aparecen disturbios:

"Cuando Cristo entra en el mar, éste se embravece. Nues-
tros sabidillos afirman: 'Desde que comenzó vuestra predicación
del evangelio, comenzaron también los disturbios. Si pudiéramos
restablecer el orden anterior, con mucho gusto lo haríamos.' ¡De
modo que el evangelio tiene la culpa de que los hombres sean malos,
y de que haya tantos que se apartan de la palabra y confían en i-
luminaciones interiores! Nada mejor que la historia de la tempes-
tad en el mar para desvirtuar tales infundios. Es verdad: antes,
todo el mundo vivía tranquilo; pero cuando viene Cristo, comienza
la tempestad. Luego: si nosotros nos retractáramos, todo el mundo
volvería a vivir tranquilo. Pero el asunto es muy distinto: Cuando
el evangelio penetra en el mundo, Satanás se opone a que sea oído,
e instiga al papa y a todos los príncipes a combatirlo. ¿De quién
es la culpa? Del evangelio, dicen. ¡Que el diablo te rompa la ca-
beza! Es justamente al revés: si aceptasen el evangelio, y nadie
se le opusiese, seguiría reinando la paz. El evangelio no hace vio-
lencia a los hijos buenos, sólo censura a los malos. No esgrime la
espada, sino que deja todas las cosas en la tierra en su lugar. Su
ataque se dirige exclusivamente contra el Satanás que habita en tu
corazón; y su deseo es instruirte en la verdad." (9).

FE Y OBRAS

La fe, y no el bien obrar, es lo que nos convierte en nue-
vas criaturas:

"Los papistas son de la opinión de que pueden merecerse
el cielo con sus obras que acompañan a la gracia. Es un error. Las
buenas obras no nos pueden ayudar en ninguna forma, ni como obras
que preceden a la gracia, ni como obras que le corren paralelas ni
tampoco como obras que siguen a la gracia, sino que todo tiene que
provenir del Espíritu y del agua. 'En lugar de padre y madre os
daré agua y Espíritu Santo', reza la predicación de Cristo. Donde
esto es así, puedo decir: 'Mis propias obras no me crearán, ni me
engendrarán como nueva creación, ni tampoco podrán hacerlo, puesto
que ya ha sido creado y engendrado del agua y del Espíritu.' Tam-
bién resulta ahora fácil probar y juzgar los espíritus fanáticos.
Pues lo que ha nacido, lo que ya ha sido hecho y creado, no tiene

necesidad de ser hecho y creado. ¿Cómo pueden decir entonces que las obras subsecuentes a la gracia me engendran y crean? Hacer buenas obras es necesario, correcto - pero no para llegar a ser por medio de ellos una nueva creación. Por lo tanto hay que diferenciar entre fe y obra; así nos lo enseña aquí el Señor. Las obras hechas antes de que exista la fe, son condenadas como pecado. En cambio, las obras hechas por el que ya tiene fe, son obras preciosas y buenas. Sin embargo, tampoco estas sirven para convertirnos en hombres justos, sino para alabar y glorificar a nuestro Padre que está en los cielos (Mt.5:16) y para causar alegría a los ángeles." (10).

La fe es lo que nos hace justos y aceptables a los ojos de Dios:

"La justicia no es otra cosa que la fe, cuya característica es la siguiente: En primer lugar, por cuanto nadie puede subsistir ante el juicio de Dios, y por cuanto el hombre, en todo lo que es y hace, tiene que vivir en permanente temor - por tanto, este temor le impulsa a buscar y hallar algo fuera de su propia esfera personal en que pueda depositar su confianza y con que pueda defenderse, y ese algo no puede ser sino la libre misericordia de Dios que nos es ofrecida y prometida en virtud de la obra de Cristo. Esa confianza, esa fe y esperanza es lo que hace al hombre justo y aceptable a los ojos de Dios, como dice San Pablo en Romanos capítulo.:17: 'El justo vive por su fe.'" (11).

Es un error querer usar nuestras obras para comprar la gracia divina:

"Es verdaderamente vergonzoso que se nos tenga que reprochar que no queremos recibir nada de gracia, sino ganarlo por nuestros méritos. Estamos haciendo el papel de un mendigo que viene al palacio del rey y no quiere aceptar de éste una limosna gratis, sino al contrario, le quiere dar en cambio cuatro moneditas - o cuatro piojos. Así, el mundo quiere dar algo a aquél que lo dio todo. Y al prójimo, al que le debiera dar algo, en vez de darle sólo le quiere quitar." (12).

El predicador debe destacar tanto la fe como las obras:

"Hay, en efecto, dos cosas que se deben enseñar y predicar: en primer lugar debe ponerse empeño en predicar correctamente acerca de la fe, y en segundo lugar debe predicarse con igual empeño y corrección acerca de los frutos de la fe, y acerca de las buenas obras. El predicar acerca de la fe incluye demostrar claramente qué es el pecado, qué es la ley, qué es la muerte, y cuál

su efecto; además, cómo podemos volver a la vida y permanecer en ella...

A partir de allí (Romanos cap. 12) Pablo comienza a impartir enseñanzas acerca de los frutos de la fe, y estas enseñanzas continúan hasta el final de la carta. Con ello, Pablo quiere preservarnos de ser cristianos falsos, que sólo llevan el nombre de cristianos, sin ser creyentes de verdad. Esta es la prédica de las buenas obras, obras mandadas por Dios... Pues una vez que hemos sido redimidos por la sangre y la muerte del Hijo de Dios, es preciso que pensemos en cómo vivir cristianamente como hombres pertenecientes no ya a esta vida pasajera, sino a la vida perdurable en los cielos. Habiendo llegado a la fe, no debemos volver a hacernos semejantes a este mundo, como advierte el apóstol poco antes (Ro.12: 1). (13).

LA OBRA DE DIOS

Cristo ocupa el lugar nuestro:

"Que Cristo fue muerto 'por nuestras transgresiones' quiere decir que nuestras transgresiones le fueron impuestas a él, él las lleva sobre sus hombros como una carga. Si un asaltante ha sido condenado a muerte, y yo quisiera que quede con vida, lo único que hace es decir: 'Deja a éste con vida; yo estoy dispuesto a morir por él'. Entonces, la culpa que pesaba sobre el asaltante recae en mí, de modo que él queda libre tanto de la culpa como del castigo; ya no es un ladrón, porque yo muero en lugar de él; ya nadie debe perseguirle por los crímenes que cometió. Y esto es precisamente lo que hizo Cristo: él, que era sin pecado, lleva el pecado; él sufrió el castigo que no tenía merecido. Estas palabras no caben en la mente humana; son demasiado sublimes - a menos que el Espíritu Santo me las inscriba en el corazón, es decir, me haga saber con plena certeza que yo no soy un pecador, y que aquel que no tiene por qué morir ni es pecador, carga con ambas: con mi transgresión, y con mi muerte. ¡Muéstrenme a un hombre que cree esto!" (14).

Dios obra de una manera que le es "propia", pero también de una manera que le es "extraña":

"Es, pues, obra de Dios convertir a los hombres en justos, pacíficos, afables, misericordiosos, veraces, benignos, alegres, sabios, salvos etc. Estas son obras de sus manos o hechura suya, como afirma el Salmo 110: 'Gloria y magnificiencia es su obra'. Obra de Dios es todo lo encomiable, todo lo que es de hermosura perfecta

sin la menor mancha de vicio, como leemos también en el Salmo 95: 'Gloria y hermosura están ante él, santidad y majestad en su santuario', es decir, en su iglesia. Por lo tanto, los 'hechos' de Dios son las personas justas, los cristianos, nueva hechura suya, las 'obras' en cambio son, propiamente, la justicia, la verdad, etc. que Dios obra en aquellas hechuras suyas, como lo expresa el Salmo: 'Anunciaron las obras de Dios y entendieron sus hechos', mejor dicho, hicieron que se los entendiera, y además: 'Porque no entendieron las obras del Señor ni las obras de sus manos'.

Sin embargo, esta obra que le es propia, Dios no la puede realizar a menos que efectúe además una obra que le es extraña y contraria, según Isaías 28: 'Su obra es extraña, a fin de que haga su obra propia'. La obra extraña empero es hacer aparecer a los hombres como pecadores, injustos, mentirosos, tristes, necios y perdidos. No que en realidad el mismo Dios los convierta en tales; pero como la soberbia de los hombres se resiste con tanta tenacidad a que se los llame pecadores etc. y a admitir que efectivamente lo son, Dios emplea medidas más rigurosas y recurre a esa obra 'extraña' para evidenciar que los hombres son, de hecho pecadores, para que así lleguen a ser en los ojos de ellos mismos lo que son ante los ojos de Dios." (15).

LOS SACRAMENTOS

El que creyere y fuere bautizado será salvo:

"No se puede demostrar con argumentos racionales que este cuerpo nuestro habrá de pudrirse y heder como ninguna otra inmundicia sobre la tierra, y ser consumido por los gusanos, y no obstante, llegar a ser más resplandeciente que el sol, y más bello que ninguna otra cosa creada. La razón objetiva: Lo único que yo veo es que el cuerpo está muerto y se está pudriendo; ¿cómo puedes hablar tú de una futura belleza? Y bien: para esto fui bautizado. Mi bautismo me dice: No le des importancia al hecho de que el cuerpo se pudrirá y será comido por los gusanos. Oye más bien lo que te dice el evangelio, tu bautismo y la fe, y di: Nada me importa ver la inmundicia. Yo tengo una luz que sobrepasa todo entendimiento, a saber, el evangelio y mi bautismo; estos me aseguran que Dios transformará este cuerpo vil y hará que resplandezca más que el sol. Si el evangelio lo dice, Dios así lo hará." (16)

LAS CONFESIONES

Es importante que el laico se atenga a las sencillas palabras del Credo:

"En lugar de querer penetrar con nuestra mirada en el interior de la Majestad divina, debemos prestar oídos a lo que Dios mismo nos dice: ¡No atendáis a lo que sostienen los que se jactan de iluminaciones directas del Espíritu, al margen de las Escrituras! Esto lo recomiendo encarecidamente a los eruditos a quienes les incumbe defender nuestra fe. También los laicos hacen bien en participar de esta fe; sin embargo, al sencillo cristiano le basta con decir: Creo en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Con la misma fe con que crees en el Padre, cree también en el Hijo; y con la misma fe con que crees en el Hijo, cree en el Espíritu Santo. Esto será tu armadura, la más sencilla y a la vez la más fuerte. Contra ella, nadie puede argumentar nada; porque las palabras del Credo expresan con inequívoca claridad que tú crees en el Hijo igualmente como en el Padre. Ningún otro emperador puede ser el objeto de nuestra fe sino el Dios único. Toda la Escritura es un elocuente testimonio de que no se debe creer en hombres; ante todo, no debes confiar en ninguno como que pudiera ayudarte a alcanzar la vida eterna. A los hombres hay que amarlos, sobrellevar con paciencia sus debilidades, aunque fueran muchas. Pero la vida eterna y el perdón de pecados los obtendrás sólo por el hecho de que crees en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esta fe te da todo lo que se nos promete en el Credo." (17).

La Confesión de Augsburgo: prueba de que Dios escuchó nuestras oraciones:

"Cuando nos sobreviene una tribulación, no hay otro remedio ni otra ayuda sino que me ponga a orar. ¿Os acordáis de lo que nos sucedió el año pasado en Augsburgo? Nunca debemos olvidar este ejemplo de cómo Dios escucha nuestros ruegos. Todos querían quitarnos la vida; y nosotros no desenvainamos una espada ni tomamos otra medida alguna. Solamente oramos. Y ocurrió como dice en nuestro texto: hemos logrado la paz, aunque nuestros adversarios estaban completamente seguros de que sucumbiríamos. Así, el Señor guió las cosas de tal manera que nuestra oración resultó ser una fuerza a la que ellos no pueden oponer nada igual. Esto queda evidenciado también por el escrito con que intentaron hacernos frente (la así llamada 'Confutación'). Quien lo sea, tendrá que reconocer que el Señor hizo un milagro a favor nuestro. Si yo hubiese

compuesto una obra tal y la hubiese presentado ante el emperador, me daría vergüenza. Por eso creo que fue escrita sólo para que todos los señores de la corte tuvieran algo de que burlarse. Pero si los autores de la obra pretenden haberla compuesto en serio, demuestran con ello a las claras que tienen la vista ofuscada. Ya véis: con todo su alardear y porfiar, el Señor los puso en ridículo. Y si así lo quiere Dios, la oración de los piadosos seguirá siendo una muralla que impedirá que venga sobre nosotros derramamiento de sangre y guerra." (18).

LA VIDA DEL CRISTIANO

Al cristiano se le reconoce por su confianza en Cristo:

"Un cristiano no se da cuenta de que es cristiano. Por lo tanto, no te juzgues a ti mismo por lo que sientes o por lo que tu corazón te dice acerca de ti. Antes bien, reconóctete como cristiano por haber aceptado la palabra que Dios pronunció. Cristiano eres si oyes con agrado la Palabra de Dios y te atienes a ella en la hora de la lucha y del peligro. Tales "cristianos" son aquellos discípulos en la barca: están desanimados, no descubres en ellos nada de arrojo cristiano, sino todo lo contrario si los juzgas por la manera como se comportan. Si a pesar de esto se llaman cristianos, es porque claman: '¡Señor ayúdanos!'" (19).

Los padecimientos no debieran acobardarnos sino fortalecernos:

"Nadie piense: '¡Qué tentaciones más grandes y horribles son las que me tocan justamente a mí!' Ni tampoco piense que lo suyo es algo especial, nuevo e inusitado. Antes bien diga así: '¡Alabado sea Dios! Yo no soy el único que tiene que afrontar tales padecimientos. El mismo Señor Jesucristo padeció siendo tentado, para socorrer a sus hermanos que son tentados, según Hebreos 2;18.' No os quepa la menor duda: los padecimientos le han de servir a los cristianos para hacerlos progresar en el perfeccionamiento." (20).

El cristiano dispone de armas para vencer problemas sexuales y matrimoniales:

"Que se despierte en nosotros esta inclinación (hacia el otro sexo) es propio de nuestra naturaleza humana; de otra manera, si Dios no la hubiese implantado en nuestra carne y sangre,

despreciaríamos del todo lo que Dios ha dicho respecto del matrimonio. Más así él mismo creó en nosotros este ardiente deseo para dar a cada ser humano su propio esposo, su propia esposa.

Pero del esfuerzo por dominar la pasión forma parte también esto: un buen trabajo, cuanto más fuerte mejor, y ración reducida. Sí, también esto forma parte. Lo digo para que cada cual prepare su corazón para el estado matrimonial, y se cuide de la fornicación. Dios está dispuesto a darnos los medios para ello. Mi seria exhortación es, pues: ¡apártate de la vida en disoluciones y desenfreno sexual, no sea que Dios venga ante de tiempo y te castigue! Dios no tolera que uno eluda su cruz, sino que cada cual tenga su propio consorte. Y si no todo sale a pedir de boca, tened paciencia y esperad que las cosas mejoren. Y esta esperanza no es vana; la prueba e ilustración la tenemos en nuestro texto, donde el Señor hace un milagro y convierte agua en vino." (21).

Las estrecheces que el hombre padece son un castigo por su ingratitude:

"A mí también me gustaría que el cielo hiciera llover bendiciones sin cesar, que no me tocara mal alguno, y que Dios me permitiera hacer lo que me da la gana. Pero no puede ser que Dios conceda a los hombres diez, treinta o cincuenta años de tranquilidad durante los cuales los deja vivir en paz y los colma de bienes - esos hombres no saben hacer otra cosa que amontonar dinero con cualquier medio lícito o ilícito. Es inevitable, por lo tanto, que vengan tiempos de carestía y de guerra, que caiga sobre la humanidad una desgracia tras otra, y al fin el fuego del infierno: porque tú nunca pensabas sino entregarte al ocio y disfrutar de tu fortuna des preocupadamente y sin una palabra de agradecimiento; nunca querías reconocer los dones de Dios ni usarlos en la forma debida; más aún, querías arrebatarlo todo para ti mismo, y creías poder convertir a Dios en tu ídolo. Si todavía no tienes la peste encima, y yo tuviera el poder de mandártela, créeme que te la mandaré, o si no la peste, unos cuantos soldados para que te desplumen. Esto es lo que mereces si durante treinta años quieres gozar de tus bienes a tu libre antojo y usarlos sin pensar un momento en Dios y en tu prójimo." (22).

Oración sin fe es maldición:

"¡Maldita es la oración que no sabe de lo que es la fe, y no obstante usa esas palabras: 'en el nombre de Cristo!'" (23).

La fe hace que la vida del creyente sea un vivir en justicia:

"El que persevera en la fe, abraza la justicia, de modo que la justicia llega a ser suya, con el resultado de que todo cuanto esa persona hace, todo su vivir, es justo. La justicia es ahora su posesión en la cual él habita como en una propiedad heredada. Por lo tanto: el que quiera practicar el bien y una vida justa, tenga fe y atégase a ella, y luego haga indiscriminadamente las obras que le vengan por delante en su quehacer cotidiano. Así tendrá la ventaja de no verse obligado a indagar y preguntar cómo estas obras llegan a ser justas: ya lo son en el instante mismo en que él las hace; y la justicia ya la tiene abrazada, sin larga búsqueda o elección, por el sólo hecho de que él se atiene a ella por medio de la fe." (24).

IGLESIA Y ESTADO

Una y otro tiene su objetivo particular, claramente definido:

"El que quiere ser cristiano y predicador, busca la razón final de su actuar en lo que tiene que ver con la vida venidera. Lo referente a la forma cómo se ha de vivir en esta tierra se lo encomendamos al emperador y demás autoridades competentes; ellos tienen en sus manos el poder de gobernar y dirigir los asuntos económicos. Los cristianos, aunque también usufructuamos de todo esto, estamos aquí simplemente como en una casa de huéspedes: el dueño de la casa corre con la administración, y nosotros pagamos. No le damos directivas al hostelero, no tomamos intervención en sus quehaceres; simplemente venimos a él y comemos en su casa. De igual manera, Cristo es sólo un huésped en este mundo; come y vive aquí, pero tiene otra meta, a saber: el reino eterno. Así, pues, el objetivo del Estado es la paz en el mundo, el objetivo de la iglesia es la paz eterna. La iglesia no busca el hermoso edificio ni el puesto de mando, sino que tiene puestos sus ojos en la vida futura." (25).

La iglesia es un ejército en campaña:

"No podemos conformarnos con haber recibido personalmente la ayuda y el poder de Dios, sino que debemos ponernos al servicio de Cristo, el Héroe, para que él pueda ganar por medio de nosotros a muchas almas y ensanchar los límites de su reino. El llamado que recibió el cristiano implica estar diariamente en campaña y luchar contra los enemigos. Es por esto que los profetas a

menudo llaman a Dios "Jehová de los ejércitos", porque es un verdadero Príncipe guerrero. Su palabra no puede permanecer ociosa: ataca sin temor al diablo y al mundo, enfurecido, se defiende con saña, causando facciones y herejías e instigando a príncipes y potentados a luchar contra el evangelio. Ahí se arma entonces la batalla, tiro va, tiro viene, quién cae, cayó. Mas donde la Palabra de Dios no está, se terminó la guerra, el diablo recupera sus dominios y reina en paz, siete veces peor que antes, Mateo 12:45." (26).

Los gobernantes no deben rehuir sus obligaciones:

"La obligación de las autoridades es salir de su cómoda reserva, adoptar una posición firme ante los malhechores, y castigarlos sin titubeos cuando sea necesario; esto es lo que Dios quiere; el honor y respeto ya vendrán por sí solos. Nuestros gobernantes en cambio quieren ser tenidos en alta estima por ser de doble cuna, y quieren hacer uso del evangelio sólo donde su aplicación les otorga el prestigio de ser gente bondadosa y pacífica. ¡No! Cúmple tú con tus obligaciones, y encomienda tus ansiedades al Señor." (27).

¿Qué hay del tantas veces mencionado "servilismo" de Lutero frente a los poderosos?

"Hay quienes me dicen: 'No debes actuar y escribir contra los obispos en la forma como lo estás haciendo, pues fácilmente podrás provocar con ello el disgusto del de Maguncia'. Esto lo dejo al cuidado de Dios. A la inversa, si yo no procediera de este modo, con toda razón se me debiera preguntar: '¿Qué haces que todavía estás desempeñando este oficio? Deja que tu puesto lo ocupe otro que echa su ansiedad sobre Dios y cumple con su deber de predicador'. En todos los órdenes de la sociedad hay fallas; pero donde más las hay es en el gobierno; nadie quiere ponerle el cascabel al gato. 'Que las clases inferiores se gobiernen a sí mismas', proponen algunos. Con esto no se llega a nada, y Dios lo sabe muy bien. Por esto instituyó las autoridades. Por esto puso a los niños bajo la autoridad de sus padres, porque los niños son por naturaleza malos. La falla está en que la mayoría de los hombres no quieren hacer lo que les corresponde, y no quieren encomendar sus dudas y recelos a Dios. Dios cargó con el fardo más pesado: el cuidado por los hombres. Él tenía luz antes de haber creado el sol, y bien podría carecer de él - en efecto, para su propio uso no necesita sol alguno. También podría gobernar a la gente sin valerse de tus servicios de gobernante; podría castigar a todos los asesinos, sin

necesidad de jueces ni de verdugos. Pero no quiere hacerlo todo solo; quiere utilizarte a ti para que tú, como autoridad, castigues a los malhechores, como leemos en Romanos 13... Sin embargo, su voluntad es hacer todo esto por la mediación de hombres. Aquellos de entre sus encargados que no cumplen con sus obligaciones son "perros haraganes, que engordan echados sobre almohadones; apestan, comen los buenos bocaditos de su plato, y no quieren ladrar", como dice Isaías (56:10;11). si queréis ser cristianos, tenéis que confesar a Cristo; y entonces tendréis que hablar y vivir también de una manera que disguste a la gente, y tendréis que llamar los pecados por su nombre." (28).

Lutero, "profeta en su tierra" (y no en la suya solamente...):

"Alemania es una nación poderosa mientras el Señor nos ayude y mientras los nuestros no le pongan trabas al evangelio. Pero cuando Dios nos es adverso, se viene abajo todo nuestro coraje. Sin embargo, todo el mundo hace oídos sordos. Me temo que mi profecía se convertirá en realidad; porque los hombres son impenitentes, nadie quiere escuchar lo que dice la Palabra de Dios. Por esto, el Señor acabará con Alemania. No puede tolerar que se blasfeme de su nombre y se desprecie su palabra; jamás lo ha tolerado. Esfuércese pues cada cual por retener este evangelio, para que lleguemos a estar entre la multitud de los benditos del Padre colocada a la derecha del Rey, y para que así podamos aguardar el juicio sin temor, con la esperanza segura de entrar en la vida eterna. Amén." (29).

LA GLORIA VENIDERA

"Amigos míos: hay algo que importa mucho más que nuestra vida terrenal. Conocemos el dicho aquel: 'Cuida tu vida mientras la tengas'. Y bien: esta es una verdad a la que se atienen también los puercos. Pero: será este el fin para el cual 'se ha manifestado la gracia de Dios para salvación a todos los hombres'? En resumidas cuentas: lo que tú debes hacer es esperar y aguardar la otra vida para la cual fuiste llamado. Pues el Señor vendrá con toda seguridad, afirma el apóstol, y aparecerá y se mostrará a todos como el verdadero Dios y Salvador. Aquello será, por cierto, un día glorioso.

Y en aquel día, yo también saldré de mi sepulcro como un astro reluciente, y los que fueron quemados por el mundo co-

no mártires, surgirán cual cometas y se elevarán al cielo. Y allí se reunirán en coro todos los santos, y el señor mismo vendrá en una nube y el mundo entero será transfigurado y glorificado por él, de modo que será cien mil veces más majestuoso de lo que es ahora. Con razón habla el apóstol de la 'manifestación gloriosa' de nuestro Señor." (30).

NOTAS

1. Sermón para el día de San Pedro y San Pablo, 29.VI.1522. Edición de Weimar (W) 10 III, 208.
2. Sermón para el 15. Domingo después de Trinidad, 5.IX.1529.- W 28,628.
3. Serm. vespertino para el Dom.desp.del Día de S. Juan, 27.VI. 1529.- W 28,575.
4. Sermón para el 2.Domingo de Adviento, 10.XII.1531.- W 34 II,485.
5. Sermón para el Domingo de Reminiscere, 25.II.1526.- W 20, 283.
6. Sermón para el Día de San Juan, Apóstol y Evangelista, año 1521.- W 10 I.
7. Sermón para el domingo desp.del Día de S.Bartolomé, 25.VIII. 1525.- W 16, 366.
8. Sermón para el Día de Sto. Tomé, Apóstol, 21.XII.1516.- W 1, 113.
9. Sermón para el 4.Domingo desp.de Epifanía, 30.I.1530.- W 32, 14.
- 10.Sermón para el Domingo de Trinidad, 11.VI.1536.- W 41, 612.
- 11.Sermón para el Día de S.Juan, año 1521.- W 10 I.
- 12.Sermón vespertino para el dom.desp.del Día de S.Juan, 27.VI.1529.- W 28, 569.
- 13.Sermón para el 2.Domingo desp.de Epifanía, 17.I.1546.- W 51, 123, 124.
- 14.Sermón para la Fiesta de la Pascua, 16.IV.1525.- W 17 I, 185.
- 15.Sermón para el Día de Sto.Tomás, Apóstol, 21.XII.1516.- W 1, 112.
- 16.Sermón sobre la carta de Pablo a Tito, 19.VIII.1531.- W 34 II,118.
- 17.Sermón para la Fiesta de Trinidad, 4.VI.1531.- W 34 I,502.

18. Sermón para el Domingo de Rogate, 14.V.1531.- W 34 I, 388.
19. Sermón para el 4. Domingo desp. de Epifanía, 30.I.1530.- W 32, 12
20. Sermón para el 6. Domingo desp. de Trinidad, 13.VII.1539.- W 47, 849.
21. Sermón para el 1. Domingo desp. de Epifanía, 8.I.1531.- W 34 I, 80.
22. Sermón predicado en la corte del elector Juan Federico de Sajonia, 5.IX.1532.- W 36, 316.
23. Sermón para el Domingo de Rogate, 14.V.1531.- W 34 I, 383.
24. Sermón para el Día de S. Juan, Apóstol y Evangelista, año 1521.- W 10 I.
25. Sermón para el culto matutino de Navidad, 25.XII.1531.- W 34 II, 503.
26. Sermón para Nochebuena, diciembre de 1525.- W 19, 159.
27. Sermón para el 4. Domingo desp. de Trinidad, 29.VI.1539.- W 47, 819.
28. *ibid.*
29. Sermón para el 26. Domingo desp. de Trinidad, 25.XI.1537.- W 45, 329.
30. Sermón sobre la carta de Pablo a Tito, 19.VIII.1531.- W 34 II, 125, 126.

E. Sexauer.

C O N T E N I D O

OFRECIENDO NUESTRO PRODUCTO (Editorial).....	1
GRANDE ES ESTE MISTERIO; MAS YO DIGO ESTO RESPECTO DE CRISTO Y DE LA IGLESIA. EFESIOS: 5:32.....	2
LAS CAUSAS DE LA REFORMA.....	13
DR. MARTIN LUTERO - PREDICADOR DEL EVANGELIO.....	23
ORACION GENERAL.....	39

AÑO 28 N° 114 4/1983